

Llegó la primavera

¡Uff! Que largo invierno, amigos, cuánta agua caída, cuántas tormentas, terremotos y desastres. Y de repente, entre los cientos de noticias del terrorismo en Rusia, el goteo de víctimas del maltrato o la guerra de Afganistán, llegan titulares anunciando la primavera.

¡Y tantos este año! Hasta los almendros en flor a toda página.

El gran maestro que fue Dovifat afirmaba que todo periodista debía informar de estas cosas, con la importancia que requiere su ineludible ciclo vital.

La larga gusanera de coches que huyen de la ciudad, es el mejor canto con ruedas que puede dedicarse a la primavera. No obstante, como siempre hay olvidadizos, debemos dar constancia de su llegada, para que no falte en casa una flor fresca, a ser posible amarilla, y radiante.

La naturaleza es signo también de los grandes misterios de la muerte y la resurrección. Y, por supuesto, de tantas aventuras del alma, tantas conversiones y ese paso intermitente del desierto de nuestra vida, al huerto interior.

Para los místicos, el invierno es la estación de las tinieblas y del frío. Las noches son largas. Deseando que la prueba termine, se anuncian los días felices: “Levántate amada mía, hermosa mía, y ven. Porque ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias. Aparecen las flores en la tierra se oye el canto de la tórtola”, se dice en el Cantar de los Cantares.

Son los versos, sin duda, más bellos del Antiguo Testamento, según los expertos. Rota la alianza de Dios con su pueblo, hay un fuerte deseo de reconciliación. Se oye la voz del Amado que baja saltando por los collados en busca de Israel, su gran amor. En esta descripción detallada, de todo lo que empieza de nuevo, irrumpe con fuerza el amor. Se adivina el encuentro. Hay un anhelo. Un frescor. Una impaciencia. Aún no ha llegado la plenitud de la unión, la fecundidad, que es tiempo de verano y de cosechas...

El encuentro es siempre primavera tras el invierno de la separación. ¿A que sí?

También tendríamos que leer todos en estas fechas, el admirable soneto que Machado escribió a su mejor amigo, meses después de morir Leonor. Desde las tierras del sur, con su temprana primavera, el poeta, ahora solo, comienza indagando: “Palacio, buen amigo, ¿está la primavera vistiendo ya las ramas de los chopos, el río y los caminos?”

El sabe que en Soria hace frío, que el invierno se retrasa entre los brezales como si nunca se fuera a marchar: “En la estepa del alto Duero, primavera tarda, ¡pero es tan bella y dulce cuando llega...”!

Y va desgranando su humilde curiosidad ante todo lo que despierta:

“Por esos campanarios ya habrán ido llegando las cigüeñas. ¿Hay ciruelos en flor, ¿quedan violetas?”

Se suceden las preguntas con suave impaciencia: “Palacio, buen amigo, ¿tienen ya ruiseñores las riberas?”

Se ha dado a esta impaciencia del poeta, una interpretación bellísima. Las interrogaciones repetidas, son reflejo del propio corazón anhelante. ¿Será posible, será posible que haya otra vez olmos viejos con hojas tan tiernas? ¿Y zarzas en flor, entre las peñas tan áridas? ¿Será posible que dóciles al ritmo del cosmos, acudan de nuevo las cigüeñas a los campanarios, los ruiseñores a las riberas? Si esto es posible, si este gran milagro se produce, también puede volver la carne resucitada, también podemos apretar a los que se fueron.

En estos tiempos duros, en esta incertidumbre que nos oprime, todos deberíamos hacernos la pregunta que nos devuelve la primera inocencia: “¿Tienen ya riberas?”

Sentiríamos por encima de todos los desastres, el gozo de la creación asombro inicial.

¿De acuerdo?

